

MADAME BOVARY

PRIMEROS CAPÍTULOOS PROMOCIONALES

Gustave Flaubert

MADAME BOVARY



Selección
CLÁSICOS UNIVERSALES

© MESTAS EDICIONES, S.L.
Avda. de Guadalix, 103
28120 Algete, Madrid
Tel. 91 886 43 80
Fax: 91 886 47 19
E-mail: info@mestasediciones.com
www.mestasediciones.com
<http://www.facebook.com/MestasEdiciones>
<http://www.twitter.com/#!/MestasEdiciones>

© Traducción: Pablo R. Noguera

Director de colección: J. M. Valcárcel

Ilustración de cubierta: imagen bajo licencia Shutterstock
Autor: Anna Ismagilova

Primera edición: *Octubre, 2015*
Segunda edición: *Abril, 2017*
Tercera edición: *Abril, 2018*
Cuarta edición: *Marzo, 2020*
Quinta edición: *Septiembre, 2021*

ISBN: 978-84-16365-55-5
Depósito legal: M-35824-2015
Printed in Spain - Impreso en España

Reservados todos los derechos. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos - www.cedro.org), si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

INTRODUCCIÓN

Una de las novelas más importantes de la literatura universal; uno de los novelistas más grandes de todos los tiempos; un escándalo tras su publicación al verse envuelta en un proceso por ofensa a la moral pública; un modelo de perfección literaria; un estilo fluido y cabal, correcto, intachable y con sublimes descripciones; un viaje de enorme intensidad que nos lleva hasta lo más profundo del alma de su protagonista; la búsqueda incesante de la palabra exacta para cada momento; un representante por excelencia del romanticismo tardío y uno de los puntos de referencia para el realismo; una heroína que no acata las convenciones y no se resigna a su destino; un éxito de ventas sin precedente que inició su camino a la notoriedad; una crítica a la sociedad burguesa del siglo XIX; una protagonista excepcional que nos fascina y nos da que pensar, y una historia que marca a fuego nuestra sensibilidad de una manera imborrable...; todo esto, y mucho más, convierte a *Madame Bovary* en una de las obras maestras más populares de la literatura, que nos permite adentrarnos en lo más profundo de un ser humano, conociéndolo tal y como es, como jamás podríamos imaginar que fuese posible.

Madame Bovary se publicó primero por entregas en *La Revue de París* desde el primero de octubre de 1856 hasta el quince de diciembre de ese mismo año. No lo haría en

formato de libro hasta el siguiente año, 1857. Era la primera novela que publicaba Flaubert y fue un rotundo éxito.

Al mismo tiempo, el escritor fue rechazado en su época por razones morales y éticas y admirado por la fuerza de su portentosa literatura. Fue contemporáneo de Baudelaire, y Maupassant lo llegó a considerar su maestro. Su intenso interés y preocupación por el realismo y la estética de sus obras le obliga a realizar un largo e intenso trabajo de elaboración en cada una de ellas, sometiendo a sus textos a prueba constantemente a través de una lectura en voz alta, en una continua e interminable búsqueda de la palabra exacta. También fue un gran moralista.

Emilia Pardo Bazán, en su artículo *Flaubert, la cuestión palpitante*, comenta al respecto de la novela: “No es sólo admirable en la obra maestra de Flaubert el vigor y la verdad de los caracteres; hay que considerarla también modelo de perfección literaria. El estilo es como lago transparente en cuyo fondo se ve un lecho de áurea y fina arena, o como lápida de jaspe pulimentado donde no es posible hallar ni leves desigualdades. Jamás decae, jamás se hincha; ni le falta ni le sobra requisito alguno; no hay neologismos, ni arcaísmos, ni giros rebuscados, ni frases galanes y artificiosas; menos aún desaliño, o esa vaguedad en las expresiones que suele llamarse fluidez. Es un estilo cabal, conciso sin pobreza, correcto sin frialdad, intachable sin purismo, irónico y natural a un tiempo, y, en suma, trabajado con tal valentía y limpieza, que será clásico en breve, si no lo es ya. Las descripciones en *Madame Bovary* realizan el ideal del género. No comete Flaubert, aunque describe mucho, el pecado de pintar por pintar; si estudia lo que hoy se llama el «medio ambiente», no lo hace por satisfacer un capricho de artista, o por lucirse hablando de cosas que conoce bien, sino porque importa al asunto o los caracteres; y posee tino tan especial, que sólo describe lo más saliente, lo más típico, y eso en pocas palabras, sin abusar

del adjetivo, con dos o tres pinceladas maestras. Así que en *Madame Bovary*, a pesar de la escrupulosa conciencia realista del autor, cada cosa está en su lugar, y siempre lo principal es principal, lo accesorio accesorio. La habilidad de Flaubert se patentiza así en lo que dice como en lo que omite: por donde es superior a Balzac, que usa tanto adorno superfluo”.

Gustave Flaubert, hombre tímido y extremadamente sensible y arrogante, nació el 12 de diciembre de 1821 en Ruan, en Normandía, Francia. Se inició pronto en la literatura, con apenas once años. Le gustaba la soledad y cierto aislamiento social. Su padre era cirujano jefe del Hospital de Ruan y su madre venía de una antigua familia de Normandía. En un principio vivió de las rentas que su patrimonio le proporcionaba, dejando los estudios de Derecho con la excusa de tener que reponerse de un acceso de epilepsia, que siempre intentó ocultar. Conoce a Víctor Hugo y ambos realizan un viaje juntos. Abandonó París y se instaló con su madre en Croisset, cerca de Ruan, en una casa donde residió toda su vida. Amaba el campo y detestaba las ciudades.

Comenzó una tormentosa relación sentimental con la poetisa Louise Colet; durante más de diez años mantuvieron una importante correspondencia, y ella supuso el único episodio sentimental a lo largo de toda su vida. Nunca llegó a casarse.

Vivió con una mirada crítica la Revolución de 1848, visitó con asiduidad los más influyentes salones de París, y se relacionó con George Sand. Realiza un largo viaje, de más de dos años, con su amigo Máxime du Camp, después del cual se instala en Croisset para abandonarlo solo en pocas y contadas ocasiones.

Al regresar de este viaje comienza a escribir *Madame Bovary*, que tardó más de cuatro años y medio en terminar. Las autoridades de la época iniciaron acciones legales contra la editorial y contra Flaubert, acusándoles de atentar contra

la moralidad, pero fueron absueltos. No le ocurrió lo mismo a Baudelaire, que fue condenado por *Las flores del mal* por idénticos motivos.

Se convirtió en un neurótico obsesionado por la escritura, lo que le supuso constantes depresiones. Su vida, hasta entonces feliz, empieza a tropezarse con una serie de infortunios. En 1870, durante la Guerra franco-prusiana, los soldados prusianos ocupan su hogar y comienza a padecer enfermedades nerviosas. Se alejó de sus amistades, perdió a su madre y su situación económica empeoró. Entre los conocidos que frecuentaba en París, además de George Sand, estaban Émile Zola, Turgenev, Alphonse Daudet, Edmond Rostand... No dejó nunca de trabajar en la literatura con una entrega extraordinaria, aunque estaba sumido en una espiral de desolación y melancolía.

Envejece con una rapidez inusitada y fallece con 58 años de una hemorragia cerebral el 8 de mayo de 1880. Entre sus obras más destacadas podemos citar *Salambó* (1862), *La educación sentimental* (1869), *La tentación de San Antonio* (1874), *Tres cuentos: Un corazón sencillo, La leyenda de San Julián el hospitalario y Herodías* (1877), la obra teatral *Le Château des coeurs* (1880) y la inacabada novela *Bouvard y Pécuchet* (1881) en la que había depositado grandes esperanzas.

El editor

PRIMERA PARTE

CAPÍTULO UNO

Nos hallábamos en la sala de estudio cuando entró el director seguido de un «novato» vestido con ropas de burgués y de un celador cargado con un gran pupitre. Quienes dormitaban se despertaron y se pusieron en pie como si los hubieran sorprendido en su tarea. El director nos hizo entonces una seña para que nos sentásemos de nuevo y se giró hacia el jefe de estudios.

—El señor Roger, aquí tiene un alumno que le recomiendo, entra en quinto —le dijo en voz queda—. Si su trabajo y su conducta lo merecen, pasará con los mayores, como corresponde a su edad.

El «novato» permaneció de pie en el rincón detrás de la puerta, aunque apenas se le viese. Se trataba de un chico de pueblo que tendría unos quince años y era más alto que ninguno de nosotros. Llevaba el cabello recortado en la frente como los sacristanes de pueblo, y tenía aspecto formal y de estar muy abochornado. Aunque no fuese ancho de hombros, las sisas de su chaqueta de paño verde con botones negros debían apretarle, y por la abertura de las mangas se

le veían unas muñecas enrojecidas acostumbradas a estar al aire. Las piernas, dentro de unos calcetines azules, salían de un pantalón amarillento que los tirantes mantenían bien estirado. Calzaba zapatos recios, mal lustrados y provistos de tachones.

Nos pusimos a recitar las lecciones y él escuchó con atención, como si estuviera en el sermón, sin atreverse siquiera a cruzar las piernas ni apoyarse en el codo hasta que sonó la campana a la dos, cuando el jefe de estudios tuvo que indicarle que se pusiera con nosotros en la fila.

Al entrar en clase solíamos arrojar las gorras al suelo para tener así las manos libres. Había que lanzarlas desde el umbral, para que cayeran debajo del pupitre y golpeasen la pared, y así levantarán mucho polvo. Así hacíamos las cosas.

Sin embargo, ya sea porque no se hubiera fijado en aquella maniobra o porque no hubiera osado someterse a ella, la oración ya se había terminado y el «novato» aún tenía la gorra sobre las rodillas. Era uno de esos tocados de orden compuesto, en los que se mezclan elementos de la gorra de granaderos, del *chapska*,^[1] del sombrero redondo, de la gorra de nutria y del gorro de algodón, una de esas cosas tristes, en definitiva, cuya muda fealdad tiene la expresión profunda del rostro de un idiota. Ovoide y con armazón de ballenas, comenzaba con tres pliegues circulares; se alternaban después, separados por una tira roja, rombos de terciopelo con otros de pelo de conejo; a continuación venía una especie de saco acabado en un polígono acartonado y cubierto por un bordado en trencilla intrincada y de la que colgaba, en la punta de un cordón largo y muy fino, un pequeño entramado de hilos de oro, como si fuese una bellota. Estaba nuevecita, la visera reluciente.

[1] Un tocado de origen polaco con el que se cubrían los lanceros del Segundo Imperio.

—Levántese —ordenó el profesor.

Al hacerlo, la gorra cayó al suelo. Toda la clase rompió a reír. Se inclinó para recogerla, pero el compañero que tenía al lado se la tiró de un codazo; él volvió a recogerla.

—Olvídese ya de su gorra —dijo el profesor, que era hombre alegre.

Se produjo un estallido de carcajadas entre los alumnos que desconcertó al pobre chico, pese a no saber si debía guardar la gorra en la mano, depositarla en el suelo o encasquetársela en la cabeza. Se sentó de nuevo y la dejó sobre sus rodillas.

—Levántese —ordenó el profesor—, y dígame cómo se llama.

El «novato» articuló entre tartamudeos un nombre ininteligible.

—¡Repítalo!

El mismo tartamudeo de sílabas se dejó oír, apagado por los abucheos de la clase.

—¡Más alto! —gritó el profesor—. ¡Más alto!

El «novato», tras adoptar una decisión extrema, abrió una boca enorme y, como para llamar a alguien, soltó a pleno pulmón la palabra: «Charbovari»

A continuación se montó un gran alboroto que fue aumentando con gritos agudos -aullaban, ladraban, pataleaban, repetían: ¡Charbovari, Charbovari!)-; después circuló en notas aisladas hasta que a duras penas se calmó y en ocasiones resurgió de súbito en alguna fila de bancos donde alguna risa ahogada sobresalía aquí y allá, como un petardo mal apagado.

Sin embargo, poco a poco se restableció el orden en la clase bajo la lluvia de amenazas, y el profesor, tras conseguir captar el nombre de Carlos Bovary haciendo que se lo dictasen, deletreasen y releyeran, ordenó de inmediato al pobre diablo que se sentase en el banco de los perezosos al pie del estrado.

El chico comenzó a moverse, pero titubeó antes de ir.

—¿Qué busca? —preguntó el profesor.

—Mi go... —respondió con timidez el «novato» lanzando en derredor miradas inquietas.

—¡Quinientos versos a toda la clase! —pronunciado con voz furiosa, sofocó una nueva tormenta como el *Quos ego*—. ^[2] ¡A callar de una vez! —continuó el profesor, indignado, mientras se secaba la frente con un pañuelo que acababa de sacarse del gorro—. Y en cuanto a usted, el «nuevo», va a copiarme veinte veces el verbo *ridiculus sum*. ^[3] — Luego, en tono más suave, añadió:

—¡Ah! Ya encontrará su gorra. Nadie se la ha robado.

Las aguas volvieron a su cauce. Las cabezas se inclinaron sobre los cartapacios y el «novato» mantuvo un comportamiento ejemplar durante dos horas, aunque de vez en cuando le salpicase al rostro alguna bolita de papel lanzada con la punta de una pluma. Sin embargo, se limpiaba con la mano y seguía inmóvil sin levantar los ojos.

Esa tarde, en el estudio, sacó sus manguitos del pupitre, ordenó sus cosas y pautó meticulosamente el papel. Lo vimos trabajar a conciencia buscando todas las palabras en el diccionario y esforzándose al máximo. Gracias, sin duda, al empeño que puso no bajó de curso, ya que, aunque se supiese aceptablemente las reglas, apenas tenía elegancia en los giros. Había empezado el latín con el cura de su pueblo, porque sus padres lo habían enviado lo más tarde posible al colegio para ahorrar.

Su padre, el señor Carlos-Denis-Bartholomé Bovary, antiguo ayudante de capitán médico, comprometido hacia 1812 en asuntos de reclutamiento, y por aquella época obligado a abandonar el servicio, había aprovechado sus encantos

[2] Palabras que podemos encontrar en la *Eneida* (I, 135) de Virgilio, que significan «¿A quién?» y las profiere Neptuno para amenazar a los vientos rebeldes.

[3] Soy ridículo. (N. del T.)

personales para hacerse con una dote de setenta mil francos que ofrecía la hija de un comerciante de géneros de punto, encandilada por su aspecto. Hombre guapo y jactancioso, hacía sonar con fuerza sus espuelas y tenía las patillas unidas al bigote, los dedos siempre llenos de sortijas, vestía de colores vivos y mostraba el aire de un bravucón y la energía fácil de un viajante de comercio. Una vez casado, vivió dos o tres años a costa de la fortuna de su mujer, cenando bien, levantándose tarde, fumando en grandes pipas de porcelana, no regresando por la noche a casa hasta que hubiesen terminado los espectáculos y hubiese visitado los cafés. Al morir su suegro dejó poca cosa; él se indignó y se dedicó a fabricante, pero perdió dinero; después se retiró al campo, donde quiso «sacar rendimiento». Pero como entendía de agricultura lo mismo que de telas indias, montaba sus caballos en vez de ponerlos a arar, se bebía la sidra en botellas en lugar de venderla por barricas, se comía las mejores aves de su corral y se engrasaba las botas de caza con el tocino de sus cerdos, de modo que apenas tardó en darse cuenta de que era mejor dejar cualquier especulación.

Finalmente encontró en un pueblo en los confines del País de Caux^[4] y de la Picardía, una especie de de vivienda, a medio camino entre una granja y una casa señorial, que le costaba doscientos francos al año, y apenado, consumido por el arrepentimiento y muerto de envidia se encerró a la edad de cuarenta y cinco años, asqueado de los hombres, —decía— y decidido a vivir tranquilo.

En otra época, su mujer había estado loca por él y lo había amado, sufriendo mil humillaciones que lo alejaron aún más de ella. Antaño lozana, expansiva y enamorada sin límites, envejecer la había transformado (igual que el vino destapado se avinagra) en una personas de humor difícil, gritona y

[4] Región natural de la Alta Normandía, en el valle bajo del Sena, en los límites con la región de Picardía.

nerviosa. ¡Al principio ella había sufrido tanto, sin quejarse cuando lo veía detrás de todas las cochinas del pueblo, y de que por la noche lo echaran de veinte antros, ya aburrido y apestando como un borracho! Después su orgullo se revolvió, se calló y se tragó la furia en un estoicismo mudo que duró hasta su muerte. Andaba siempre comprando y negociando. Iba a los despachos de los abogados, a ver al presidente del tribunal, recordaba el vencimiento de las letras, obtenía aplazamientos, y en casa planchaba, cosía, hacía la colada, vigilaba a los trabajadores, saldaba las deudas, mientras el señor no se preocupaba de nada y permanecía fumando al amor de la lumbre, escupiendo sobre la ceniza, aturdido sin cesar en un sopor mohíno del que solo despertaba para soltarle exabruptos.

Cuando ella tuvo un niño, tuvieron que buscarle una nodriza. Al regresar a casa, lo mimaron como a un príncipe. Su madre lo alimentaba con exquisiteces, mientras que su padre le permitía que corretease descalzo, y, para dárselas de filósofo, decía que incluso podría ir como Dios lo trajo al mundo, igual que los cachorros de los animales. Al contrario que la madre, él albergaba en la mente cierto ideal viril de la infancia, en virtud del cual trataba de enseñar a su hijo con el deseo de que se educase con una dureza espartana, y que así adquiriese una constitución recia. Lo obligaba a acostarse en una cama fría, le hacía beber grandes sorbos de ron y le enseñaba a mofarse de las procesiones. Sin embargo, debido a su naturaleza tranquila, el niño respondía mal a los esfuerzos del padre. Iba siempre pegado a las faldas de su madre, que le recortaba figuras de cartón, le contaba cuentos y conversaba con él en monólogos sin fin cargados de alegrías melancólicas y de arrumacos lenguaraces. Todas las frustraciones del aislamiento en que vivía las pasó a aquella cabecita infantil. Soñaba con altos cargos, lo veía ya alto, guapo, inteligente, bien situado como ingeniero de caminos, canales y puertos

o juez. Le enseñó a leer e incluso le hizo aprender dos o tres pequeñas romanzas con un viejo piano. Sin embargo, el señor Bovary, a quien apenas le preocupaban las letras, argüía que nada de aquello merecía la pena. ¿Tendrían algún día con qué mantenerlo en las escuelas públicas, podrían comprar un cargo para él o pagar el traspaso de un negocio? Además, un hombre, un caradura, siempre se abre camino en el mundo. Mientras el niño vagabundeaba por el pueblo, madame Bovary se mordía los labios.

Iba detrás de los labriegos y cazaba los cuervos que levantaban el vuelo arrojándoles tepes^[5]. Se comía moras que crecían junto a las zanjas, guiaba a los pavos con una rama, segaba durante la cosecha, correteaba por el bosque, jugaba a la rayuela a la puerta de la iglesia y durante fiestas importantes le pedía al sacristán que le permitiese tañer las campanas para poder colgarse de la cuerda grande y sentir cómo el vaivén transportaba su cuerpo.

De este modo creció sano como un roble, se le formaron manos fuertes y adquirió buen color.

Cuando cumplió los doce años, su madre logró que comenzase a estudiar con el cura. Sin embargo, las lecciones eran muy cortas y las seguía tan mal que de poco podían servirle. Unas veces se las impartía a ratos perdidos en la sacristía, en pie, precipitadamente, entre un bautizo y un entierro, y otras veces el cura lo mandaba buscar después del Ángelus, cuando no tenía que salir. Subían a su habitación y allí se instalaban ambos, con los moscardones y las falenas^[6] revoloteando en torno a la luz. Como hacía calor, el muchacho se dormía y el buenazo del tutor, aletargado con las manos sobre la barriga, no tardaba en ponerse a roncar con la boca abierta. En otras ocasiones, cuando el cura regresaba de llevar el viático a algún enfermo de los alrededores, se veía a

[5] Pedazo de tierra cubierto de césped, muy trabado con las raíces de la hierba.

[6] Mariposa de cuerpo delgado y alas anchas y débiles.

Carlos deambulando por el campo; lo llamaba, lo amonestaba durante un cuarto de hora, y aprovechaba el momento para hacer que conjugase algún verbo junto a un árbol, hasta que los interrumpía la lluvia o algún conocido que por allí pasaba. Aparte de aquello, el cura estaba contento con su alumno y llegaba a asegurar que tenía buena memoria.

Carlos no podía seguir allí y madame Bovary adoptó una decisión a la que su marido, por vergüenza, o más bien por agotamiento, cedió sin resistirse; de modo que esperaron un año más hasta que el chico tomó la primera comunión.

Transcurrieron seis meses, y al año siguiente, enviaron por fin a Carlos al colegio de Ruan^[7], a donde lo llevó personalmente su padre a finales de octubre, cuando se celebraba la feria de San Román.^[8]

Sería imposible que alguno de nosotros pudiese recordar ahora algo de él. Era un chico de temperamento modoso que jugaba durante el recreo, trabajaba en el tiempo de estudio, atendía en clase, dormía sin problemas en el dormitorio general y comía bien en el refectorio^[9]. Su tutor era un ferretero mayorista de la calle Ganterie, que una vez al mes, los domingos, lo sacaba a la calle tras haber cerrado su tienda, lo llevaba de paseo por el puerto para que contemplase los barcos, y después lo acompañaba de regreso al colegio antes de la hora de cenar. Los jueves por la noche escribía con tinta roja y tres lacres una carta a su madre, y luego estudiaba los apuntes de historia o un viejo tomo de *Anacarsis*^[10] que estaba en la sala de estudios. Durante los paseos charlaba con el criado, que como él, también era de un pueblo.

[7] Ruan (en francés Rouen) es una ciudad del noroeste de Francia, capital de la región de Alta Normandía. (N. del T.)

[8] El 23 de octubre. (N. del T.)

[9] Habitación destinada en las comunidades y algunos colegios para juntarse a comer.

[10] Se refiere a la novela *Viaje a Grecia del Joven Anacarsis* escrita de 1788 a 1790 por Jean-Jacques Barthélemy, conocido como el Abad Barthélemy.

Gracias a su esmero siempre se mantuvo más o menos en la media de la clase, e incluso llegó a ganar un primer accésit en Historia Natural. Sin embargo, sus padres lo sacaron del colegio para que estudiase medicina cuando acabó el tercer curso, porque estaban convencidos de que él, por sí solo, podría terminar el bachillerato.

Su madre le buscó una habitación en casa de un conocido tintorero, que vivía en un cuarto piso que daba a l'Eau-de-Robec.^[11] Tras acordar los detalles de la pensión, consiguió unos muebles, una mesa y un par de sillas, hizo traer de su casa una vieja cama de cerezo silvestre y también compró una pequeña salamandra y leña para que su pobre hijo se calentara. Transcurrida una semana partió tras haber dado mil consejos a su hijo para que se portase bien, ahora que iba a «estar solo».

El plan de estudios que leyó en el tablón de anuncios lo dejó aturdido: clases de anatomía, patología, fisiología, botica, química, botánica, clínica y terapéutica, eso sin contar con la higiene y la materia médica; todos ellos nombres de etimologías para él desconocidas, eran puertas a santuarios de venerables tinieblas.

No comprendía nada; por mucho que escuchara, no captaba nada. Sin embargo, trabajaba, tenía los cuadernos forrados, asistía a todas las clases y no se perdía una sola visita. Cumplía con su tarea cotidiana como el caballo de una noria que gira con una venda en los ojos, sin saber a qué se dedica.

Con el fin de ahorrarle gastos, cada semana su madre le enviaba con el recadero un pedazo de ternera, preparado en el horno, que él comía a mediodía, al regresar del hospital dando patadas a la pared. Después debía salir corriendo a las lecciones, al anfiteatro, al hospicio, y regresar a casa atravesando las calles. De noche, terminada la sobria cena de

[11] Calle de Ruán por la que pasaba el río *Robec*, hoy canalizado bajo tierra.

su patrón, se encerraba en su habitación y reanudaba su tarea con la ropa empapada, que humeaba sobre su cuerpo junto a la salamandra al rojo.

En las tardes estivales que hacía buen tiempo, a la hora en que están desiertas las calles y las criadas juegan al bádminton en el umbral de las puertas, abría la ventana, y se asomaba. El río que convierte este barrio de Ruán en una pequeña Venecia infame, discurría allá abajo, amarillo, violeta o azul entre puentes, mientras algunos obreros se lavaban los brazos en el agua, agachados junto a la orilla.

En la parte superior de las buhardillas había unas varas de las que colgaban madejas de algodón puestas a secar al aire. Enfrente, sobre los tejados, se extendía el cielo raso con el sol rojizo crepuscular. ¡Qué bien se debía estar allí! ¡Qué frescor bajo las copas de las hayas! Carlos dilataba las aletas de la nariz para aspirar los aromas campestres que no le llegaban. Adelgazó, dio un estirón, y en su cara se formó una suerte de expresión afligida que lo hizo casi interesante.

Como es natural, acabó desligándose por indolencia de todas las decisiones que había tomado. Un día faltó a la visita, al siguiente no asistió a clase y, al saborear poco a poco la pereza, ya no volvió.

Se acostumbró a las tabernas por la pasión del dominó. Le parecía que encerrarse todas las noches en un sucio establecimiento público, a golpear las mesas de mármol con huesecillos de cordero tallados con puntos negros, era un acto precioso de su libertad que lo llenaba de estima frente a sí mismo. Era como ingresar en el mundo, acceder a los placeres prohibidos, y así, al entrar colocaba la mano sobre el pomo de la puerta con un deleite casi sensual. Muchas cosas reprimidas en él vieron la luz entonces. Se aprendió de memoria cuplés que cantaba al dar la bienvenida. Se

entusiasmó por Béranger,^[12] aprendió a hacer ponche y, finalmente, el amor.

Gracias a estos trabajos preparatorios, suspendió estrepitosamente el examen de «oficial de sanidad».^[13] ¡Esa misma noche lo esperaban en casa para festejar su éxito!

Se fue a pie, se detuvo a la entrada del pueblo, allí mandó a buscar a su madre y le contó la verdad. Ella lo justificó atribuyendo a la injusticia de los examinadores el suspenso, y le infundió ánimos, encargándose de arreglar las cosas. Pasaron cinco años hasta que el señor Bovary supo la verdad, pero como era cosa del pasado la aceptó, porque, por otra parte, no podía suponer que un descendiente suyo fuese un tonto.

Carlos se puso de nuevo a trabajar y preparó sin cesar las asignaturas de su examen, cuyas preguntas se aprendió de memoria. Aprobó con una nota bastante alta. ¡Qué día tan maravilloso para su madre! Dieron una gran cena.

¿A dónde iría a ejercer su profesión? A Tostes^[14], donde solo había un médico, ya anciano, cuya muerte madame Bovary aguardaba desde hacía bastante tiempo, de modo que el buen hombre aún estaba vivo y coleando cuando Carlos se estableció frente a él como su sucesor.

Pero no terminaba todo con haber criado a su hijo, haberlo hecho estudiar medicina y descubrir Tostes para ejercerla: le hacía falta una mujer. Y le encontró una: la viuda de un agente de justicia de Dieppe que tenía cuarenta y cinco años de edad y una renta de mil doscientas libras.

[12] Pierre-Jean de Béranger (1780- 1857) fue un poeta y autor de canciones francés. La temática de sus obras es de contenido político.

[13] En Francia, médico sin título de doctor en medicina durante el siglo XIX. Este diploma facultaba para ejercer la profesión en un departamento determinado, pero no para intervenir quirúrgicamente en ausencia de un doctor.

[14] Pueblecito de la Alta Normandía cercano a Ruán, aunque en realidad Flaubert se inspiró en Tôtes.

Aunque fuese fea, seca como un palo y granujienta, lo cierto es que a madame Dubuc no le faltaban pretendientes donde escoger. Mamá Bovary se vio obligada a librarse de todos ellos para conseguir su propósito, e incluso frustró con suma pericia las intrigas de un charcutero que contaba con el apoyo de los curas.

Carlos había divisado en el matrimonio el advenimiento de una situación mejor, al suponer que sería más libre y que podría disponer de su persona y de su dinero. Sin embargo, su mujer se hizo la dueña; delante de los demás él debía decir esto y no aquello, comer de vigilia los viernes, vestir como ella pensaba, acosar a los pacientes que no pagaban siguiendo sus órdenes... Ella abría sus cartas, espiaba sus pasos y lo escuchaba a través del tabique durante las visitas de mujeres a su consulta.

Ella necesitaba su chocolate cada mañana y un sinfín de atenciones. Se quejaba continuamente de los nervios, del pecho, de sus humores. Le molestaba el ruido de pasos; la soledad le resultaba odiosa, si se iban; si volvían a su lado, era sin duda para verla morir. Por la noche, cuando Carlos regresaba a casa, ella sacaba de sus ropas sus largos brazos demacrados, le rodeaba el cuello y lo obligaba a sentarse en el borde de la cama para contarle sus penas: ¡él se olvidaba de ella y amaba a otra! Mira que le habían dicho que sería desgraciada, y acababa pidiéndole algún jarabe para su salud y un poco más de amor.

CAPÍTULO DOS

Una noche, en torno a las once, el ruido de un caballo que se detuvo justo en la puerta, los despertó. La criada abrió el tragaluz de la buhardilla y habló un rato con un hombre que permanecía en la calle. Venía a buscar al médico y traía

una carta. Nastasie bajó la escalera tiritando para abrir la cerradura y un pestillo tras otro. El hombre dejó su montura y entró de inmediato tras ella, extrajo de su gorro de lana con borlas grises una carta envuelta en una tela, y se la entregó con delicadeza a Carlos, que se acodó sobre el almohadón para leerla. Junto a la cama, Nastasie sostuvo la lámpara mientras la señora, por recato, les dio la espalda y permaneció de cara a la pared.

La carta, sellada con un pequeño sigilo^[15] de cera azul, contenía el ruego de que el señor Bovary acudiese de inmediato a la granja de Les Bertaux para reducir una pierna fracturada. Ahora bien, la distancia de Tostes a Les Bertaux es de seis leguas y hay que atravesar Longueville y Saint-Victor. La noche estaba oscura y la nueva madame Bovary temía que pudiese ocurrirle algo a su marido, de modo que decidieron enviar por delante al mozo de cuadra. Carlos se pondría en camino tres horas más tarde, cuando saliese la luna. Enviarían un muchacho a buscarlo para que le mostrase el camino hasta la granja y le abriese la valla. Eran ya las cuatro de la madrugada, cuando Carlos, bien envuelto en su abrigo, se puso de camino hacia Les Bertaux. El calorcito del sueño lo mantenía aún en un estado de sopor, y él se dejaba mecer por el trotecillo de su montura. Cuando esta última se detenía instintivamente ante los agujeros rodeados de espinos que jalonan los surcos, Carlos se despertaba con un sobresalto, recordaba la pierna fracturada e intentaba acordarse de todas las clases de rotura que conocía. Había escampado, el día empezaba a despuntar y en las ramas de los manzanos desnudos de hojas, unas aves se mantenían quietas, ahuecando las plumas al fresco viento matutino. La llanura campestre se extendía hasta perderse de vista y los pequeños sotos que circundaban las granjas formaban intervalos de manchas violeta oscuro sobre la gran planicie gris que se confundía en el horizonte con el tono

[15] Sello.

apagado del cielo. Carlos abría los ojos de cuando en cuando y después, su mente cansada volvía a adormecerse y entraba en una especie de sopor en el que, mezcladas sus últimas sensaciones con los recuerdos, se veía a sí mismo con dos personalidades: estudiante y hombre casado, acostado en su cama, como hacía un rato, y atravesando un quirófano como hacía tiempo. En su cabeza se mezclaban el cálido olor de las cataplasmas con el olor verde del rocío; escuchaba cómo las anillas de hierro de las camas corrían sobre la barra y oía dormir a su mujer. Al pasar por Vassonville distinguió a un joven sentado al borde de la cuneta, sobre la hierba.

—¿Es usted el médico? —preguntó el chico.

Y agarró los zuecos con la mano y se puso a correr delante, tras oír la respuesta de Carlos.

Por los comentarios del guía, el médico comprendió durante el camino que el señor Rouault debía ser un campesino pudiente. Se había roto la pierna la víspera, al regresar por la noche de celebrar la fiesta de Reyes de casa de un vecino. Hacía ya dos años que había muerto su esposa y solo contaba con su «señorita» para ayudarlo a llevar la casa. A medida que se acercaban a Les Bertaux, las rodadas se fueron haciendo más profundas. El joven se esfumó colándose por el boquete de un seto y reapareció después al fondo de un corral para abrir la verja. El caballo resbalaba sobre la hierba mojada y Carlos se agachó para pasar por debajo de las ramas. Los perros guardianes ladraron en la perrera y tiraron de las traillas^[16]. Al entrar en Les Bertaux, el caballo se espantó y retrocedió.

Era una granja con buen aspecto. Se veían en las cuadras, por encima de las puertas abiertas, grandes percherones de labranza que pacían tranquilamente en pesebres nuevos. A lo largo de los edificios se extendía un gran estercolero, del

[16] Cuerda o correa con que se lleva el perro atado a las cacerías, para soltarlo a su tiempo.

que se elevaba emanaciones, y entre las gallinas y los pavos picoteaban cinco o seis pavos reales, un lujo en los corrales del País de Caux. El aprisco^[17] era largo y el granero alto, de muros lisos como la mano. Había bajo el cobertizo dos grandes carretas y cuatro arados, con sus látigos, sus colleras y sus arreos completos, cuyos vellones de lana azul se ensuciaban con el polvillo que caía de los graneros. Sembrado de árboles simétricamente espaciados, el patio ascendía y el alegre graznido de una bandada de gansos resonaba junto a la charca.

Una joven vestida con bata de merino azul, adornada con tres volantes, acudió al umbral a recibir al señor Bovary y lo condujo a la cocina, donde ardía un buen fuego. La comida de los jornaleros hervía a su alrededor en ollitas de distinto tamaño. Habían puesto a secar ropas húmedas en el interior de la chimenea. La badila, las tenazas y el pico del fuelle, todos de gigantescas proporciones, brillaban como el acero pulido, mientras que la clara llama del llar^[18] se reflejaba de forma desigual a lo largo de las paredes junto con los primeros rayos del sol que penetraban por los cuarterones de las ventanas.

Carlos subió al primer piso a visitar al enfermo y lo encontró en cama, sudando bajo las mantas tras haber arrojado muy lejos su gorro de algodón. Era un hombrecillo gordo, cincuentón, de piel blanca, ojos azules, calva la parte delantera del cráneo y que llevaba zarcillos. Junto a él, sobre una silla, reposaba una gran garrafa de aguardiente a la que de vez en cuando le daba un tiento para animarse. Sin embargo, al ver al médico, su excitación se desvaneció, y, en lugar de renegar como había estado haciendo las últimas doce horas, se puso a proferir débiles quejas.

La rotura era sencilla, sin ningún tipo de complicación. Carlos no habría osado desearla más fácil. Entonces, al

[17] Paraje donde los pastores recogen el ganado para resguardarlo de la intemperie.

[18] Fogón de la cocina.

rememorar las maneras de sus maestros junto a la cama de los enfermos, consoló al paciente con toda suerte de palabras amables y mimos quirúrgicos, que son como el aceite para engrasar los escalpelos. Fueron hasta la cochera en busca de un haz de listones con los que preparar unas tablillas. Carlos escogió uno, lo partió en pedazos y lo pulió con una esquirra de vidrio mientras la criada rasgaba unos trapos para fabricar vendas y la señorita Emma se afanaba cosiendo almohadillas. Como tardaba en encontrar su costurero, su padre se impacientó, pero ella no respondió, aunque luego se pinchó varias veces los dedos al coser y se los llevó corriendo a la boca para chupárselos.

A Carlos le sorprendió la blancura de sus uñas. Eran brillantes y con la punta fina, más limpias que los marfiles de Dieppe^[19] y cortadas en forma almendrada. No obstante, su mano carecía de belleza, no era lo bastante pálida y sí un poco seca en las falanges; también era demasiado larga y sin suaves inflexiones de líneas en los contornos. Lo hermoso en ella eran los ojos, que siendo castaños parecían negros, debido a las pestañas, y su mirada de cándida audacia irradiaba franqueza.

Hecho el apósito, el médico fue invitado por el propio señor Rouault a tomar algo antes de partir.

Carlos bajó a la sala de la planta baja, donde había dos cubiertos con cubiletes de plata, dispuestos en una mesita, junto al pie de una gran cama con dosel forrado de tela estampada, con personajes que representaban a turcos. Flotaba en el aire aroma a lirios y sábanas húmedas que escapaba de un armario alto de madera de roble, colocado frente a la ventana. En los rincones, se alineaban de pie sobre el suelo, sacos de trigo. Era lo sobrante del granero cercano, al que se accedía por tres escalones de piedra. En el centro de la

[19] Ciudad de la Alta Normandía famosa por su marfil a partir del siglo XVII, que traían de Senegal y Gambia, y con el que se realizaban objetos artísticos.

pared de aquella estancia, cuya pintura verde desconchaba el salitre, colgaba de un clavo, a modo de decoración, una cabeza de Minerva dibujada a lápiz negro enmarcada en dorado con la leyenda, debajo y en letras góticas: «A mi querido papá.»

Primero hablaron del enfermo; después sobre el tiempo que hacía, de las heladas, de los lobos que vagaban de noche por los campos. A la señorita Rouault no le divertía en absoluto el campo, especialmente ahora que sobre sus hombros recaían todas las tareas de la granja. Al estar la estancia fresca, tiritaba mientras comía, y eso dejaba un poco al descubierto sus labios carnosos, que acostumbraba a mordisquearse en sus momentos de silencio.

Llevaba un cuello vuelto blanco, y el cabello, dividido en dos partes negras que parecían una sola pieza de lo lisos que estaban, por una raya fina hundida ligeramente, siguiendo la curva del cráneo, apenas dejaba el lóbulo de la oreja y lo llevaba recogido detrás en un moño grueso con una ondulación hacia las sienes que veía entonces el médico rural por primera vez en su vida. Tenía los pómulos rosados y, como un hombre, se sujetaba entre los dos botones del corpiño unos quevedos de concha.

Cuando Carlos, tras haber subido a despedirse del señor, regresó a la estancia antes de marcharse, la encontró de pie con la frente apoyada en la ventana, contemplando los rodrigones de las judías en el jardín, tumbados por el viento.

—¿Busca algo? —preguntó ella girándose.

—Mi fusta, por favor —respondió él.

Se puso entonces a registrar la cama, detrás de las puertas, debajo de las sillas. Se había caído al suelo entre los sacos y la pared. La señorita Emma la vio y se inclinó sobre los sacos. Carlos, se precipitó por galantería y al alargar también el brazo en el mismo movimiento, sintió cómo su pecho rozaba la espalda de la joven, inclinada bajo él. Emma se incorporó

ruborizada y lo contempló por encima del hombro mientras le tendía el vergajo^[20].

En lugar de regresar a Les Bertaux tres días después, según había prometido, lo hizo al día siguiente; después, siempre dos veces por semana; eso sin contar las visitas inesperadas que hacía de cuando en cuando, como por equivocación.

Por lo demás, todo fue bien; la curación fue según lo previsto, y cuando, al cabo de cuarenta y seis días, vieron que el tío Rouault se ejercitaba caminando solo por su «chabola», empezaron a juzgar al señor Bovary como un hombre de gran capacidad. El tío Rouault decía que los médicos de Yvetot^[21], o incluso los de Ruan, no le habrían curado mejor.

En cuanto a Carlos, no trataba en absoluto de preguntarse por qué acudía con placer a Les Bertaux. Si lo hubiese pensado, habría atribuido sin duda su celo a la gravedad del caso o, tal vez, al beneficio que esperaba obtener. ¿Era esto por lo que, pese a todo, sus visitas a la granja constituían una grata excepción entre las pobres ocupaciones de su vida? Aquellos días se levantaba tempranito, salía al galope, espoleaba a su montura; después desmontaba para limpiarse los pies en la hierba, y, antes de entrar, se ponía sus guantes negros. Le gustaba verse llegar al corral, sentir contra el hombro la valla que giraba y oír al gallo que cantaba sobre el muro y a los chicos que salían a su encuentro. Le gustaban el granero y las cuadras; quería al tío Rouault, que le daba palmaditas en la mano, llamándole su salvador; le gustaban los pequeños zuecos de la señorita Emma sobre las baldosas fregadas de la cocina; sus tacones altos aumentaban un poco su estatura y, cuando caminaba delante de él, las suelas de madera se levantaban rápidamente y chasqueaban con un ruido seco contra el cuero de la botina.

Ella siempre lo conducía hasta el primer peldaño de la escalinata y aguardaba allí hasta que le traían el caballo. Ya

[20] Látigo.

[21] Población de la Alta Normandía cercana a Ruan.

se habían despedido y no se hablaban más; el aire libre la envolvía revolviéndole los finos cabellos sueltos de la nuca o sacudiéndole sobre la cadera las cintas del delantal que se retorcían como banderolas. En cierta ocasión, durante el deshielo, la corteza de los árboles rezumaba en el corral y la nieve se fundía sobre las cubiertas de los edificios. Ella estaba en el umbral, fue a buscar su sombrilla y la abrió. El sol atravesó la sombrilla de seda iridiscente e iluminó con reflejos móviles la tez blanca de su cara. Ella sonreía debajo, al tibio calor y se oía cómo, una a una, caían las gotas de agua sobre el moaré tenso.

Durante la primera época en que Carlos frecuentaba Les Bertaux, madame Bovary nunca dejaba de preguntar por el enfermo, e incluso había escogido para el tío Rouault una bella página en blanco en el libro que llevaba por partida doble. Pero en cuanto se enteró de que tenía una hija, se informó y supo que la señorita Rouault, educada en un convento de Ursulinas, había recibido lo que se llama una buena educación, y que, por tanto, sabía bailar, geografía, dibujar, bordar y tocar el piano. ¡Aquello fue el colmo!

—¿Así que por eso —se decía— se le ilumina la cara cuando va a verla y se pone su chaleco nuevo aunque se lo pueda estropear la lluvia? ¡Ah, esa mujer! ¡Esa mujer!

Y la detestó instintivamente. Al principio se desahogó con alusiones, sin que Carlos lo comprendiese, después con reflexiones casuales que él dejaba pasar por miedo a la tormenta, y, al final, con apostillas a quemarropa a las que él no sabía qué responder. —¿A qué se debía que él regresase a Les Bertaux si el tío Rouault estaba curado y esa gente aún no había pagado? ¡Ah! Es que allí había una persona, alguien que sabía conversar, bordar, un espíritu cultivado. Eso era lo que a él le gustaba: ¡Necesitaba señoritas de ciudad! Y proseguía:

—¡La hija del tío Rouault, una señorita de ciudad! ¡Anda ya! Su abuelo era pastor y tienen un primo que ha estado a punto de acabar ante los tribunales por pegarse en una trifulca. No

merece la pena presumir tanto ni presentarse los domingos en la iglesia con un traje de seda como una condesa. ¡Y ese pobre hombre se las habría visto negras para pagar las deudas atrasadas de no ser por las colzas del año pasado!

Carlos dejó de volver a Les Bertaux por agotamiento. Tras muchos sollozos y besos, Héloïse le hizo jurar con la mano sobre el misal, en un gran arrebató de amor, que nunca regresaría. Él obedeció, pero la osadía de su deseo protestó contra el servilismo de su conducta, y, por una suerte de hipocresía ingenua, consideró esta prohibición de verla como un derecho a amarla. Además, la viuda estaba flaca y era pretenciosa, llevaba siempre una toquillita negra, cuya punta le caía entre los omóplatos; su talle enjuto siempre iba embutido en unos vestidos, como fundas, demasiado cortos, que dejaban a la vista los tobillos, con las cintas de sus zapatones entrelazadas sobre unas medias grises.

La madre de Carlos los visitaba de vez en cuando, pero pasados unos días la nuera parecía azuzarla contra su hijo. Entonces, igual que dos cuchillos, se dedicaban a martirizarlo con sus reflexiones y sus observaciones. ¡Se equivocaba al comer tanto! ¿Por qué invitaba siempre a un trago al primero que venía? ¡Qué testarudez por no querer vestir ropa de franela!

Sucedió que, a principios de primavera, un notario de Ingouville^[22] que guardaba los caudales de la viuda Dubuc, se embarcó, de buenas a primeras, y se llevó todo el dinero de la notaría. Lo cierto es que Héloïse, además de una parte de un barco valorada en seis mil francos, también poseía su casa de la calle Saint-François. Sin embargo, de toda aquella fortuna tan cacareada, solo se habían visto en casa unos cuantos muebles y algunos andrajos. Hubo entonces que poner las cosas en claro. La casa de Dieppe estaba comida hasta los cimientos por las hipotecas, solo Dios sabía cuánto había

[22] Pueblecito costero de la Alta Normandía.

confiado ella al notario y su parte del barco no superaba los mil escudos. ¡De modo que la buena señora había mentido! En su exasperación, el señor Bovary padre, quebrando una silla contra el piso, acusó a su mujer de haber traído la desgracia de su hijo, juntándolo con un jamelgo cuyos arreos no valían ni el pellejo. Fueron a Tostes. Se explicaron. Hubo más que palabras. Héloïse se arrojó en brazos de su marido llorando y le suplicó que la defendiese de sus padres. Carlos quiso hablar por ella, pero sus padres se enfadaron y se marcharon.

Sin embargo, ya estaba hecho el mal, y ocho días más tarde, mientras Héloïse estaba tendiendo la ropa en el corral, escupió sangre. Al día siguiente, en el momento en que Carlos estaba de espaldas a ella para correr la cortina de la ventana, ella exclamó: «¡Ah! Dios mío», lanzó un suspiro y se desmayó. ¡Estaba muerta! ¡Asombroso!

Carlos regresó a casa cuando todo acabó en el cementerio, pero no encontró a nadie abajo. Subió entonces al primero, al dormitorio, y vio el vestido de su mujer aún colgado en la alcoba; así pues, se apoyó en el escritorio y permaneció sumido en un doloroso sueño hasta la noche. A fin de cuentas, la había querido.

CAPÍTULO TRES

Una mañana el tío Rouault acudió a saldar con Carlos la cuenta por el arreglo de la pierna: setenta y cinco francos en monedas de cuarenta sueldos^[23], además de un pavo. Se había enterado de la desgracia y le consoló como pudo.

—¡Sé bien lo que es eso! —dijo, dándole palmaditas en el hombro—. ¡Yo también pasé por esto! Cuando perdí a mi

[23] El *sou* francés equivalía a 5 céntimos de franco, es decir que el tío Rouault le paga en monedas de 2 francos.

pobre difunta, paseaba por los campos para estar solo, me tiraba al pie de un árbol, lloraba, llamaba a Dios y le decía bobadas. Me habría gustado estar como las alimañas que colgaban de las ramas con el vientre comido por los gusanos, en una palabra, muerto. Cuando pensaba que en aquel momento otros estaban abrazando a sus mujeres, daba golpes al suelo con el cayado, estaba como un loco y dejé de comer. Créame si le digo que solo la idea de ir a un café me asqueaba. Pues mire, poco a poco, un día tras otro, primavera tras invierno y otoño tras verano, aquello se fue pasando brizna a brizna, migaja a migaja. Se fue, desapareció, bajó por así decirlo, porque siempre queda algo en el fondo, algo como... ¡un peso aquí en el pecho! Pero es el destino de todos y no hay que dejarse abatir ni querer morir porque otros hayan fallecido... Hay que consolarse, señor Bovary. ¡Se le pasará! Venga a visitarnos. Mi hija piensa de vez en cuando en usted, ya sabe, y dice, ya sabe también, que usted la olvida. Pronto será primavera. Lo llevaremos a cazar conejos para distraerle un poco.

Siguiendo su consejo, Carlos regresó a Les Bertaux y lo encontró todo como el día anterior, esto es, como cinco meses atrás. Los perales ya habían florecido y las idas y venidas del buen señor Rouault, del todo curado, que iba y venía, le daban más vida a la granja.

Al creerse en el deber de dedicar la mayor de las cortesías posibles al médico a causa de su reciente luto, le pidió que no se descubriera y le hablaba en voz baja, como si hubiera estado enfermo. Llegó incluso a fingir que se enojaba porque no habían preparado algo más ligero para él que para los demás, como unas cazuelitas de nata o peras cocidas. Contó historias que llegaron a hacer reír a Carlos, pero su ánimo se ensombreció cuando recordó de repente a su mujer. Entonces sirvieron el café y no volvió a pensar más en ella.

Conforme se iba acostumbrando a vivir solo, la recordaba menos, y pronto, el nuevo placer de ser independiente le hizo la soledad más llevadera. Ahora podía alterar las horas de las comidas o entrar y salir sin tener que dar explicaciones y, si estaba agotado, estirar los brazos y las piernas a lo ancho y largo de la cama. Así que se mimó, se agasajó y aceptó los consuelos que le prodigaban. Además, la muerte de su mujer no afectó a su profesión, ya que estuvieron hablando de él durante un mes: «¡Ese pobre joven, menuda desgracia!» Su nombre era más conocido y había aumentado su clientela; además, entraba en Les Bertaux con entera libertad. Albergaba una esperanza imprecisa, una vaga felicidad; cuando se cepillaba las patillas ante el espejo, se veía la cara más agradable.

Un día que llegó en torno a las tres y todos se hallaban en el campo, entró en la cocina. Al principio no vio a Emma porque los postigos estaban echados. El sol proyectaba sobre las baldosas, a través de las rendijas de la madera, grandes rayas finas que se rompían en las esquinas del mobiliario y temblaban en el techo. Algunas moscas subían por los vasos sucios que había en la mesa y zumbaban mientras se ahogaban en los restos de sidra. Por la chimenea descendía la luz, dando al hollín de la plancha el aspecto de terciopelo, y coloreando de azul claro las cenizas frías. Emma estaba cosiendo entre la ventana y el fogón sin la toquilla. Sobre sus hombros desnudos se veían gotitas de sudor.

Según se acostumbraba en el campo, lo invitó a tomar algo. Sin embargo, él no aceptó, pero ella insistió y finalmente propuso entre risas que se tomaran los dos unos vasitos de licor. Fue a buscar una botella de licor que había en la alacena y cogió dos vasitos. Uno lo llenó hasta el borde y en el otro vertió solo unas gotas. Después de brindar, ella se lo llevó a los labios. Al estar casi vacío, tuvo que inclinarse hacia atrás para beber y, con la cabeza así colocada, los labios hacia delante y el cuello tenso, rio porque no notaba nada, al tiempo que

Fin de la edición promocional